

Transmitir lo que hemos recibido: “la eucaristía”



José Cristo Rey G. Paredes

Tenemos una gran responsabilidad: transmitir a las próximas generaciones lo que nosotros, a su vez, también hemos recibido! Así lo hizo san Pablo (1 Cor). Pero hay que estar atentos: en el proceso de transmisión se inoculan elementos extraños que no proceden de la Tradición originaria y genuina y pueden desfigurar y volver irreconocible lo transmitido: “al principio no fue así”.



La prefiguración: ¡Melquisedec!

En tiempos de Abraham surge inesperadamente un extraño sacerdote y rey: Melquisedec, rey de Salén. Ofrece “pan y vino” y bendice a Abraham en nombre del Dios altísimo creador del cielo y de la tierra. Abraham, el gran creyente, se inclina ante él y le ofrece diezmo de todo lo que posee.

El Antiguo Testamento contempla a Melquisedec como prototipo de un Mesías sacerdotal (Sal 109). El Nuevo Testamento descubre en Melquisedec la

anticipación de Jesús (Heb 5,6; 7,1ss) que también y sobre todo es rey de paz y ofrece en su última Cena el Pan y el Vino para bendecirnos.

Jesús es el Mesías que con cinco panes y dos peces alimenta a una muchedumbre de cinco mil hombres. Es el sacerdote de la bendición que alza la mirada al cielo, pronuncia la bendición sobre ellos, los parte y hace que todos coman hasta saciarse. Sacerdocio, pan y vino y bendición son las claves para entender la festividad del Corpus y la Eucaristía.

El Señor de la Cena y la Cena del Señor

La Eucaristía es mucho más que cualquier ser humano que la presida. Da igual que la presida el Papa, el Obispo, el mejor predicador o liturgista. Es siempre “la Eucaristía del Señor”, “la Cena del Señor” y Él solo es su principal celebrante y protagonista.

Pero el Señor queda relegado a un segundo o último puesto, cuando un clérigo desvía la atención de los fieles: cuando su homilía hace de la Palabra una mera excusa para hablar de otros temas, cuando la ritualidad que preside no evoca la sencillez de los orígenes evangélicos y la asamblea tiene poco que ver con la comunidad del Cenáculo o de la originaria Eucaristía de “casa en casa”. ¡Qué pena que eso pueda ocurrir y esté ocurriendo!

Cuando la Eucaristía se vuelve rutinaria...: entonces se celebra el Amor sin amor, la Presencia desde la ausencia del corazón y los pensamientos, el Misterio desde la más estricta obediencia a la ritualidad. “Ir a misa” o “atenerse a las normas” pueden convertirse en expresiones políticamente correctas que suplantán lo que debería definirse como “un encuentro estremecido con el Dios que nos visita” o una auténtica experiencia de Pascua y aparición del Señor resucitado.

Cuando la Eucaristía se vuelve hierática...: entonces intentamos suplir el Misterio con nuestro amaramiento litúrgico, la Presencia con gestos ausentes, medidos e inexpresivos, la Aparición pascual con un teatro frío, la Palabra de Dios “hoy” con discursos atemporales, teóricos, o tal vez tendenciosos.

Cuando la Eucaristía es celebrada

Cuando celebramos la Eucaristía “del” Señor...: entonces todo se vuelve transparente a su presencia, en la asamblea no hay primeros ni segundos puestos, rangos ni escalas, hombres y mujeres: el Señor nos ilumina a todos, está con todos nosotros: “con vosotros... con tu espíritu”; entonces la Palabra de Dios ofusca las palabras de los hombres; Dios y su Verbo se expresan, dicen, insinúan, manifiestan... mientras la Asamblea y tam-



¿Qué estamos haciendo de nuestra celebración eucarística?

bién su presbítero escuchan estremecidos. El Señor aparece en la Palabra. No hay que echar una cortina de humo –¡de palabras nuestras!– para que desaparezca la Palabra y todos la olviden. Hay comentarios que son adoración ante la Palabra y oración estremecida.

Cuando celebramos la Eucaristía “del Cuerpo y Sangre” del Señor...: entonces dejan de tener importancia otros cuerpos, las idas y venidas de los celebrantes, los lugares que ocupan, cómo se visten, qué gestos hacen, cómo canta el coro, qué instrumento es tocado, quiénes llevan las ofrendas o hacen las lecturas; entonces sólo el Cuerpo del Señor y su Sangre merecen nuestra adoración, nuestra contemplación, nuestro más profundo amor y respeto. Entonces se descubre de forma nueva que “todos” sin excepción y en comunión somos el Cuerpo de Cristo. Ese es el momento más íntimo, más estremecedor: la unión del Esposo divino con la Esposa humana, su comunidad.

Cuando celebramos la Eucaristía..., “Dios está aquí... el Amor de los amores”: su presencia real lo ilumina todo. La misión se enciende. La comunión se hace fuerte. Comenzamos todos a tener un solo corazón, una sola alma, todo en común. Comulgar a Jesús se convierte en un regalo inmerecido, en una comunión con el Todo. Se comulga la Palabra, el Cuerpo y la Sangre: trinidad del don capaz de hacernos entrar en el más bello de los Misterios.